

el celo del santo Abad corroborase á los otros y les sirviese de ejemplo ; así mandó que lo echasen de la iglesia con ignominia. Los cismáticos se apoderaron de él, y habiendo hecho un montón de leña, le amenazaron con quemarlo. Pero viendo que estaba dispuesto á morir antes que condescender á su voluntad, y temiendo que el pueblo se sublevase contra ellos, pues le profesaba una grande veneración, lo dejaron en libertad, y volvió á su monasterio con la gloria de haber estado cerca de sufrir el martirio por la fé de Jesucristo.

SAN NONO Y SANTA PELAGIA.

La historia de santa Pelagia penitente fué escrita por Jaime, diácono de la iglesia de Heliópolis¹ en Siria, testigo ocular de su vida y de su muerte ; y en su ocasión diremos algo de san Nono, quien fué el instrumento de que Dios se sirvió para sacar á esta mujer de sus extravíos. Nono fué sacado del monasterio de Taben, en donde era renombrado por sus virtudes y su doctrina, para gobernar la iglesia de Heliópolis. Ya había convertido treinta mil Sarracenos á la fé cuando subió á esta villa, en la cual con sus cuidados y exhortaciones hizo un sin número de conquistas para Jesucristo.

Un asunto eclesiástico había obligado á Maximiano, patriarca de Antioquía, á convocar á los obispos de su provincia, cuando Nono se halló en la asamblea con siete obispos ; y un día que estaban sentados delante la iglesia del mártir

¹ Hoy día Baalbech.

san Julián conferenciando juntos, algunos de estos obispos le rogaron que les dirigiera algunas palabras de edificación. No se hacía rogar mucho cuando se trataba de hablar de Dios ; entró al momento en discurso, y les dijo tan bellas cosas, que le escuchaban con tanta admiración como placer.

Mientras los iba entreteniendo así, vieron aparecer una multitud de gente que conducía en gran pompa á la primera de las comicas de la ciudad á quien el pueblo llamaba *Margarita* ó *la Perla*, fuera á causa de su hermosura, fuera por ir siempre cubierta de perlas y diamantes. Iba montada sobre una mula y soberbiamente vestida, pero de un modo muy indecoroso. Una multitud de doncellas y jóvenes que formaban su comitiva, la precedían y la seguían, y en medio de este cortejo pasó en son de triunfo delante de los obispos. Volvieron sus ojos gimiendo para no verla, excepto san Nono, quien la siguió con los ojos, diciendo á los otros por dos veces : « ¿ No habéis admirado la hermosura de esta mujer ? » Ellos no le respondieron ; pero él añadió : « En cuanto á mí, yo la he bien considerado, y he pensado cuánto es de temer que su conducta condene la nuestra delante del tribunal de Dios ; pues, decidme, ¿ cuánto tiempo no ha empleado en componerse ? ¿ Cuánta molestia no se ha tomado para aumentar en hermosura y para agradar á aquellos cuyos corazones han cautivado sus falsos atractivos ? Sin embargo, ella no busca más que el amor de los hombres mortales, que hoy existen y mañana ya han desaparecido ; y nosotros que tenemos en el cielo un Padre todo-poderoso y un Esposo inmortal, cuyos tesoros son infinitos é inestimables las riquezas ; nosotros que esperamos contemplar un día la belleza inefable de ese celestial Esposo, ¿ qué cuidados tomamos en purificar y adornar nuestras almas ? ¿ No nos debemos más bien reprochar que lo descuidamos enteramente ? »

Después que hubo hablado así, cogió á Jaime por la mano, quien era su diácono y el autor de esta historia, como hemos dicho ya, y habiéndose retirado con él en la celda en que lo habían hospedado, se prosternó hasta tocar con el rostro la tierra, y dijo á Jesucristo hiriendo su pecho y vertiendo muchas lágrimas: « Salvador mío, perdona á este pecador, que en toda su vida no ha empleado tanto tiempo en adornar su alma para hacerla agradable á vuestros ojos, como ha hecho esta mujer en un solo día para adornar su cuerpo. ¿Cómo me atreveré á levantar los ojos hacia vos? ¿y que podré alegar para justificarme? Yo no temo difundir aquí delante de vos mi corazón, pues vos ya conocéis sus escondites más secretos. Ay de mí, pecador é indigno como soy, que me atrevo á presentarme á vuestro altar sagrado sin tener el alma purificada y adornada como vos pedis de mí! Esta mujer prometía agradar á los hombres, y ha cumplido su promesa. Yo también os prometí serviros, y no lo he cumplido á causa de mi tibieza. Me hallo desprovisto de los bienes del cielo y de la tierra, no habiendo cumplido con vuestra ley. ¿Qué confianza puedo yo tener en mis obras? todo mi recurso está en vuestra misericordia. »

Pasó largo tiempo humillándose, gimiendo y llorando; y al día siguiente, que era domingo, después que hubieron rezado el oficio de la noche, habló á su diácono al tenor siguiente: « Hermano mío, esta noche he tenido un sueño, que me causa una pena extraordinaria, pues me parece misterioso no pudiendo comprender lo que significa. » Efectivamente, en este sueño creía estar en el altar y ver en él una paloma toda negra y cubierta de inmundicias, que despedía un olor tan malo que no podía soportarlo. Volteó al rededor de él hasta el fin de la oración de los catecúmenos; y cuando el diácono hubo dicho á estos que se retirasen, ella salió también con ellos. Así que la misa

de los fieles estuvo concluida, esta paloma tan sucia y fea, ya había ido de nuevo á voltear á su alrededor, y entonces él la había cogido y la había echado en la fuente de la iglesia, de donde había salido purificada y tan blanca como la nieve, habiendo tomado por fin su vuelo por lo alto, de suerte que no había aparecido más.

Tal había sido el sueño, ó mejor, la visión de san Nono, que le apesadumbraba; pero Dios muy pronto le hizo conocer su verdadero sentido. Después que lo hubo relatado á su diácono, se volvió á la grande iglesia con los otros obispos para saludar al patriarca, quien le rogó, presentándole el Libro de los Evangelios, que diera una instrucción al pueblo. Habló con tanto celo y viveza, que todo el auditorio quedó conpungido. Parecía que el Espíritu Santo hablaba por su boca, pues cada uno se derramaba en lágrimas; de manera que según la expresión del diácono Jaime, el pavimento de la iglesia estaba regado de ellas.

La misericordia del Señor había felizmente conducido allí á esa actriz, que antes había sido puesta, pero hacía ya bastante tiempo, en el número de los catecúmenos, y que siempre había descuidado el aprender los principios del cristianismo, no asistiendo jamás á la iglesia y no pensando nunca en el mal estado de su conciencia. La gracia del Señor llevó las palabras de este santo Obispo hasta el fondo de su corazón. Quedó por ellas tan emocionada, penetrada y horrorizada, que casi desesperando de su salvación, lloraba amargamente.

En estos vivos sentimientos de contrición no pudiendo retener más sus sollozos, ni contener sus lágrimas, salió de la iglesia y dijo á dos de sus domésticos que aguardasen que el santo Obispo hubiese concluido y que le siguieran, para decirle enseguida donde se hospedaba. La obedecieron, y al regresar le hicieron fiel relación de ello. Entonces ella le envió una esquila concebida en estos términos: « AZ

santo discípulo de Jesucristo, la pecadora y la discípula del demonio. Yo he oído decir que vuestro Dios descendió del cielo á la tierra, no para los justos, sino para salvar á los pecadores; y que no desdeñó el conversar familiarmente con los publicanos y pecadores, él á quien los querubines ni siquiera se atreven á mirar de respeto por su infinita santidad. Ya que vos sois discípulo de ese divino Salvador, y que le servís con tanta fidelidad, os suplico que os acordéis que no rehusó el conversar cerca de un pozo con una mujer Samaritana que era una pecadora, y á su ejemplo concededme á mí la gracia de conferenciar con vos, á fin de que por medio de vos pueda también ver el rostro de mi Salvador. »

El santo Obispo respondió á esta carta tal cual se debía esperar de su caridad y prudencia, cuya respuesta puede servir de regla á los ministros de Jesucristo en las ocasiones en que el celo debe ser principalmente dirigido por la circunspección: « Quien quiera que vos seáis, le dijo, sois conocida de Dios, quien ve cual es vuestro propósito y vuestra voluntad. No penséis en tender un lazo á mi debilidad; pues soy un hombre pecador. Si queréis, pues, verme con la intención de ser instruida en la fé y practicar la virtud, aquí estoy con otros obispos; yo os hablaré en su presencia; pero no os creais que os hable á solas. »

La pecadora recibió esta respuesta con grande alegría, y se apresuró á ir á encontrar al santo Obispo en la iglesia de san Julián, mártir, en donde estaba con los otros. Allí, echándose á sus piés en presencia de todos, le dijo: « Os suplico, Señor mío, que imitéis á Jesucristo vuestro maestro, y que me hagáis experimentar los efectos de vuestra bondad haciéndome cristiana. Mi alma es como un océano de pecados y un abismo de crímenes, de que os ruego me purifiquéis con el santo bautismo.

San Nono le respondió que los cánones eclesiásticos no

permitían bautizar las personas de su profesión, á no ser que álguien respondiese de su futura buena conducta. Pero á estas palabras ella abrazó de nuevo sus piés, y regándolos con sus lágrimas le dijo: « Yo os encargo de mi alma delante de Dios; vos sois el que responderéis de ella, yo os imputaré todos los pecados que cometa en adelante, si diferís el otorgarme la gracia del bautismo. Yo ruego al Señor que no tengáis parte con sus santos, y que seáis del número de los incrédulos y de los paganos, si hoy no me purificais de mis pecados para hacerme esposa de Jesucristo. »

Los obispos y los eclesiásticos, testigos de estas señales de penitencia, confesaron que nunca habían visto otra semejante, y convinieron que en esta ocasión los cánones se debían interpretar en su favor, después no obstante que hubiesen dado conocimiento de ello al patriarca. Le mandaron, pues, el diácono Jaime, para informarlo del asunto. Se alegró en el alma por ello, y respondió á san Nono que semejantes obras estaban reservadas á su celo, y que él mismo podía conferir el bautismo á esta pecadora convertida. Al mismo tiempo le envió una matrona, llamada Romana, que era la primera entre las diaconisas de su Iglesia, para practicar en esta sagrada ceremonia lo propio de su ministerio, según la disciplina de aquel tiempo.

Romana aun la halló á los piés del santo Obispo, de donde no la podía sacar, y le dijo: « Lavantaos, hija mía, á fin de hacer sobre vos los exorcismos, y confesad vuestros pecados. » Ella respondió: « Si quiero escuadrillar los adentros de mi corazón, ni siquiera hallaré una obra que sea buena; y yo sé que el número de mis crímenes supera el de los granos de arena del mar; pero espero que el Señor echará sobre mí una mirada de misericordia, y me librerá del peso insoportable de mis iniquidades. »

San Nono le pidió su nombre, á lo que ella respondió

que sus padres en su nacimiento la habían llamado Pelagia; pero que después el pueblo de Antioquía la había llamado Margarita. El santo prelado la bautizó con el nombre de Pelagia, y después le dió los sacramentos de la Confirmación y de la santa Eucaristía; y después la diaconisa Romana, convertida en su madre espiritual, la condujo al lugar destinado para los catecúmenos, y san Nono, quien se hallaba también en el mismo lugar, dijo al diácono Jaime: « Hermano mío, hoy debemos alegrarnos con los santos ángeles por haberse convertido esta pecadora. Así, aunque no sea esta nuestra costumbre, se nos servirá á la mesa un poco de aceite y vino.

Mientras tomaban su frugal comida con esta inocente alegría, el espíritu de las tinieblas hizo estallar su furor contra el santo Obispo. Se oyó una voz horrible, como la de un hombre poseído del demonio, que gritaba: « Pobre de mí! ¿ qué es lo que yo no he de sufrir por ese viejo decrepito? ¿ No te bastaría haberme arrebatado treinta mil sarracenos, y haber también ganado para Jesucristo los habitantes de Heliópolis, que eran todos míos? ¿ Y ahora aun me arrebatas esa en la cual yo fundaba mis mayores esperanzas? ¿ Podré sufrir por más tiempo las pérdidas que me causas? Maldito sea el día de tu nacimiento, pues tú no vives más que para hacerme una cruel guerra. » Estas palabras fueron oídas por todos los asistentes, y no perdonó más á la neófita; pues le dirigió con una voz lamentable sus quejas por su desertión, reprochándole que él la había colmado de bienes y honores, y que por una negra traición lo había expuesto, abandonándolo, á los desprecios é insultos de los cristianos. Pero san Nono le dijo que hiciese el señal de la cruz, lo que hizo desaparecer al maligno espíritu. Por la noche se atrevió á atacarla segunda vez, pero ella lo hizo huir con las mismas armas.

Tres días después de su bautismo se hizo traer por uno

de sus domésticos, de quien se fiaba más, cuanto tenía en oro, en plata, en adornos y en vestidos preciosos, y lo presentó á san Nono diciéndole: « Ahí están, Señor mío, los bienes con que el demonio me enriqueció, yo los pongo en vuestras manos, á fin de que dispongais de ellos como mejor os parezca; yo ya no aspiro á otras riquezas que á las de mi Señor Jesucristo. » El Santo mandó llamar al tesorero de la iglesia, y, en su presencia, entregándole cuanto ella le había confiado, le dijo: « Prometedme en nombre de la santísima Trinidad que no emplearéis nada de esto para la Iglesia, sino que lo distribuiréis todo á las viudas, á los huérfanos y á los pobres, á fin de que esto que fué mal adquirido sea legítimamente distribuido, y que las riquezas de una pecadora sean convertidas en tesoros de justicia; y si, contra vuestro juramento, quitais de ello alguna cosa, ó por vos mismo ó por medio de algún otro, pido á Dios que vuestra casa sea herida por el anatema, y que vos tengais la misma suerte que aquellos que en el tiempo de la pasión del Salvador gritaron: *Crucifícadle, crucifícadle.* »

Pelagia, por su parte, también llamó á todos sus esclavos y esclavas, les dió la libertad, é hizo á cada uno dádivas de aquello que se había reservado para ellos. Acompañó sus dones con una breve amonestación que les dió, diciéndoles: « Apresuraos, hijos míos, á separaros del siglo perverso donde el pecado domina, á fin de que, así como en él hemos vivido juntos, también nos hallemos reunidos sin dolor en esta vida celestial, que es la única dichosa. »

A los ocho días dejó los hábitos blancos, que los neo-bautizados llevaban durante ese tiempo por señal de la inocencia que habían recobrado, y aprovechándose de la noche para mejor ocultar su secreto, de que solo san Nono fué consabidor, se revistió de un cilicio y un pequeño manto que este santo le dió, y se fué á Jerusalén. Mientras tanto

la piadosa Romana, que se acostaba cerca de ella en el mismo departamento, y que la guardaba como á su hija espiritual á la cual amaba con ternura, cayó en una aflicción extrema; pero san Nono la consoló, y le dijo que cambiase sus lágrimas en cantos de alegría, porque Pelagia, á imitación de santa Melania, había escogido la mejor parte. En efecto, había pasado de Jerusalén al monte de las Olivas, donde, habiendo cambiado su nombre en el de Pelagio, á fin de no ser conocida, se había encerrado en una celda que ella había construido.

Algún tiempo después, habiendo terminado los asuntos por los cuales el patriarca había convocado su sínodo, los obispos se volvieron á sus respectivas diócesis, y san Nono se fué á Heliópolis; pero tres ó cuatro años después su diácono Jaime tuvo devoción de hacer el viaje de Jerusalén y le pidió el permiso. Se lo concedió sin dificultad, y le añadió: « Os recomiendo, hermano mío, que os informéis, cuando hayais llegado allí, de un monje llamado Pelagio, quien vive recluso hace algunos años, y le saludaréis de mi parte. Estoy persuadido que la visita que le haréis os será útil. »

Jaime no faltó á esta orden, y después de haber satisfecho su piedad en el sepulcro de Nuestro Señor, se puso á buscar á Pelagia bajo el nombre del solitario Pelagio, y la halló por fin en el monte de las Olivas dentro de una estrecha celda cerrada por todas partes, á excepción de una pequeña ventana que le daba claridad, y por donde recibía aquello que le era necesario.

Allí llamó, y la penitente habiendo abierto, lo reconoció, pero él no la pudo reconocer, porque sus austeridades habían cambiado del todo sus fisonomías, de suerte que en lugar de aquella hermosura que antes de su conversión la hacía admirar de todo el mundo, tenía los ojos hundidos y el rostro en extremo extenuado.

Ella le preguntó solamente de donde venía, á lo que respondió que su obispo Nono lo había enviado: *Que ruegue por mí*, le dijo ella, *pués es en realidad el Santo de Dios*, y al momento cerró la ventana para cantar el oficio de Tercia. Jaime también hizo su oración delante de la muralla de esta celda, muy edificado de aquello que había visto. A su regreso á Jerusalén, visitó los monasterios de los arrabales, y le dijeron por todas partes tanto bien del solitario Pelagio, que determinó hacerle una segunda visita, esperando recibir de él algunas instrucciones para el provecho de su alma.

Fué de nuevo á llamar á su ventana, y lo hizo muchas veces sin que le respondiese. Entonces pensó en sí mismo que tal vez no había nadie; pero un presentimiento secreto, que creyó venía de Dios, le hizo enseguida juzgar que la solitaria había muerto. Hundió la ventana para asegurarse de ello, y vió que no se había engañado. Tapó la ventana con barro y volvió con diligencia á Jerusalén para anunciar la muerte del solitario Pelagio.

Los religiosos de diferentes monasterios fueron allí seguidos de muchas personas del pueblo, y sacaron el santo cuerpo fuera de la celda; pero cuando quisieron lavarlo, descubrieron que era una mujer, y no pudieron impedir que el pueblo, á quien querían ocultarlo, se apercibiese; de modo que todo el mundo exclamó: « Gloria os sea Señor Jesus, que teneis tesoros de gracia ocultos sobre la tierra, no solo entre los hombres, sí que también entre las mujeres. » El rumor de esto pronto voló á países lejanos, y los solitarios de Jericó y del Jordán acudieron allí con hachas y lámparas, entonando salmos y cánticos, y la sepultaron con la mayor pompa.